

BATALLAS POR PRAGA

RUIDO de botas no lejos de Praga... Titulares en primera página de la prensa mundial sobre la eventual concentración de tropas en los Sudetes y sobre el ultimátum que el jefe de un importante país podría presentar a los dirigentes checos... ¿1938 en vísperas del decisivo mes de septiembre, el de Munich? No. 1968 en vísperas de un mes de septiembre no menos decisivo, el de la reunión del congreso del partido comunista checoslovaco. La Historia, dígame lo que se diga, no es un eterno volver a empezar, pero algunos de sus capítulos presentan asombrosas similitudes al lado de innegables diferencias. En 1968, las botas no son alemanas, sino soviéticas. Por otra parte, los periódicos no escriben, como hace treinta años, que la guerra mundial puede empezar a orillas del Vltava. Incluso señalan que la crisis checa tiene grandes oportunidades de terminar pacíficamente y que sigue siendo local. Queda el hecho de que en Praga el verano de la inquietud ha sucedido a la primavera de la libertad. Todo puede suceder, tanto el buen arreglo como la capitulación camuflada, e incluso, aunque ello sea improbable, no hay que excluir que pueda ocurrir lo peor...

«demasiados turistas»

Lo peor sería la intervención directa del Ejército rojo, como en Hungría en 1956, después de la sublevación de Budapest. El precedente es siniestro, pero el propio Breznev lo ha evocado en Moscú hace unos días, y precisamente en presencia del líder del P. C. húngaro Janos Kadar. La amenaza parece tanto más seria cuanto que unida-

des soviéticas acaban de estacionarse durante más de un mes, en Checoslovaquia, en el marco de unos «ejercicios de rutina» de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Nadie se lo ha creído. Las maniobras militares han sido, en este caso, maniobras de intimidación, y el gran dirigente de este «Kriegsspiel», el mariscal soviético Yacoubowski, comandante de los ejércitos del Pacto, ha montado, a falta de una guerra verdadera, una «guerra de nervios» en la que la ironía, voluntaria o involuntaria, ha teñido a menudo las declaraciones de adversarios resueltos, a pesar de todo, a no dar a su enfrentamiento un carácter irremediable. Cuando el conflicto entre Moscú y Praga se hizo más tenso y el Kremlin quiso intensificar simultáneamente su presión política y su presión militar, el mariscal Yacoubowski declaró que los destacamentos del Ejército rojo retrasarían su salida «en razón de la intensa circulación de turistas». Cuando, por otra parte, después de la insólita prolongación de esa estancia, las unidades rusas han acabado por atravesar la frontera por los puestos de Nachold y Beloves, la radio checa ha declarado: «Los paisanos han saludado cordialmente a los soldados soviéticos, pero su adiós habría sido aún más cordial si los soldados se hubieran marchado unos días antes».

La evacuación del territorio checo por las fuerzas de los países del Pacto de Varsovia no ha terminado aún totalmente y no es necesariamente definitiva. La U. R. S. S. y sus más próximos aliados pueden volver en cualquier momento para efectuar nuevas «maniobras sobre el terreno» y, al abandonar Praga el mariscal Yacoubowski dijo, en sustancia, al ministro de Defensa checo, general Dzur: «No es más que un "hasta lue-

go", falsos hermanos, y quizá nos volvamos a ver si no consigo lo que quiero».

¿Qué es lo que, de hecho, quiere? ¿Qué es lo que hace correr a Yacoubowski? La perspectiva de que el congreso extraordinario del P. C. checo elimine definitivamente, en septiembre, a los elementos conservadores de este partido, mientras que, para Moscú, el mantenimiento de por lo menos algunos representantes de esta «vieja guardia» parece ser la única garantía posible contra una «liberalización» excesiva, juzgada peligrosamente contagiosa para los regímenes autoritarios de Moscú, de Berlín Oriental y de Varsovia.

dos mil palabras

A decir verdad, el conflicto no data de hoy. Estalló en marzo o abril, cuando Novotny, el aliado «incondicional» de la U. R. S. S. fue barrido de su puesto de secretario general y después excluido del comité central del P. C. checo. Se agravó en mayo y junio, cuando en el transcurso de diferentes encuentros con los responsables checos, y especialmente durante la conferencia de cinco partidos comunistas en Moscú —8 al 10 de mayo—, los responsables soviéticos significaron claramente a los innovadores checos que tenían propósito de impedirles ir hasta el final de su victoria.

En esta difícil coyuntura, el nuevo secretario del P. C. checo, Alexandre Dubcek, conservó la cabeza clara. Cuando se enfrenta a los soviéticos en Moscú, su fuerza consiste en saber decir «niet», lo mismo que Molotov, sin dejar de sonreír como Kennedy. En Praga se bate sobre dos frentes. Su línea de conducta se resume en una sola palabra: explicar. Explicar in-

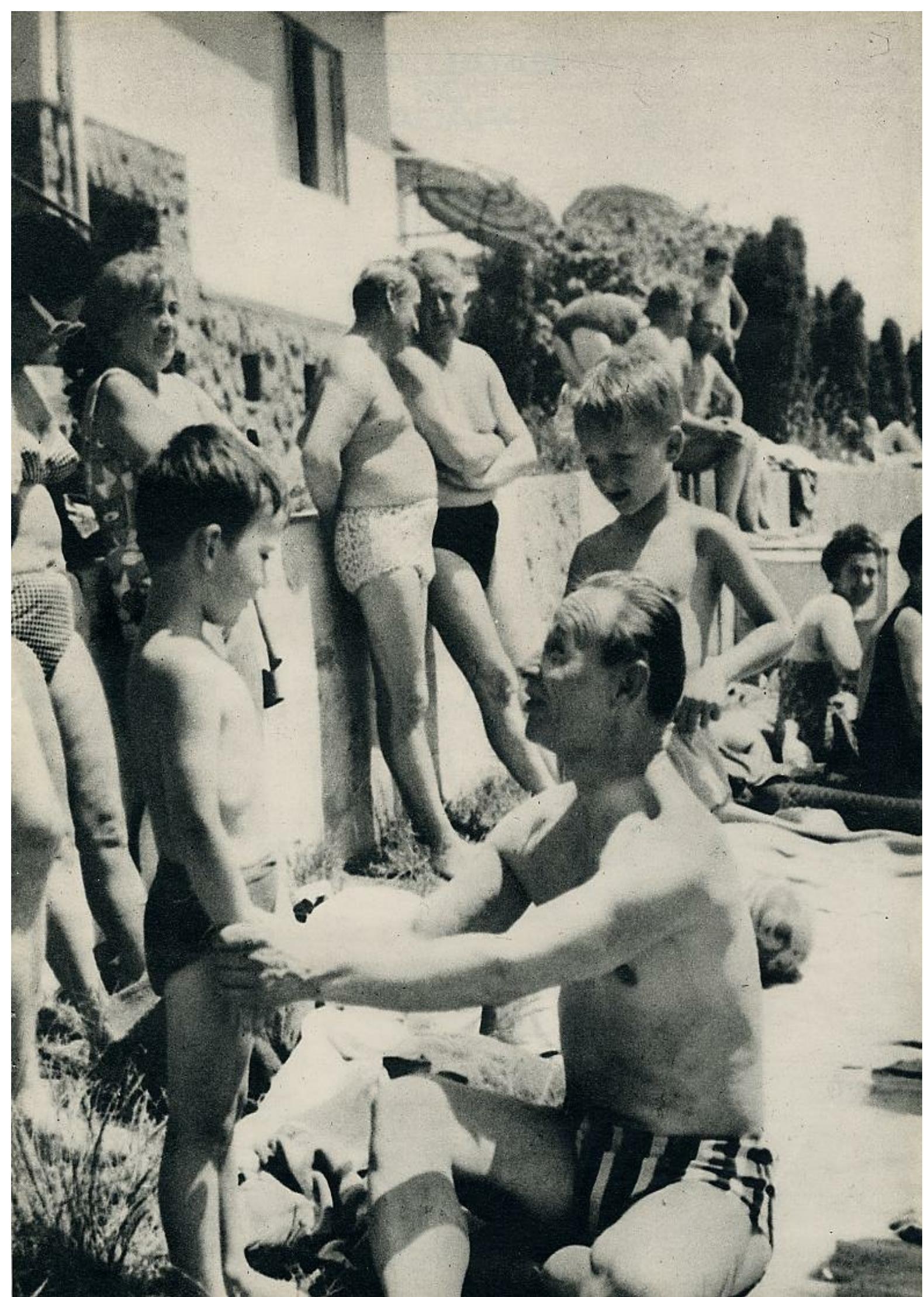
cansablemente a los «dogmáticos», sean checos o rusos, que la rehabilitación de las víctimas de las purgas stalinistas, el desarrollo de las libertades individuales, la supresión de la censura previa de las publicaciones, la democratización de las estructuras institucionales, políticas y económicas del país, la participación activa de los trabajadores en la marcha y el control de las empresas, no significan ni la liquidación del socialismo ni el abandono del papel dirigente del P. C.

La impaciencia, sin embargo, es tal que el escritor Ludvik Vaculik ha hecho firmar por numerosas personalidades un manifiesto que explica, en dos mil palabras, la posición de la corriente progresista más radical y que, en diez palabras, que son otras tantas cargas de dinamita, pide que se acelere la eliminación de los conservadores, si éstos se aferran a sus puestos, «creando comités de acción y provocando demostraciones de calle, huelgas y boicots».

ping-pong diplomático

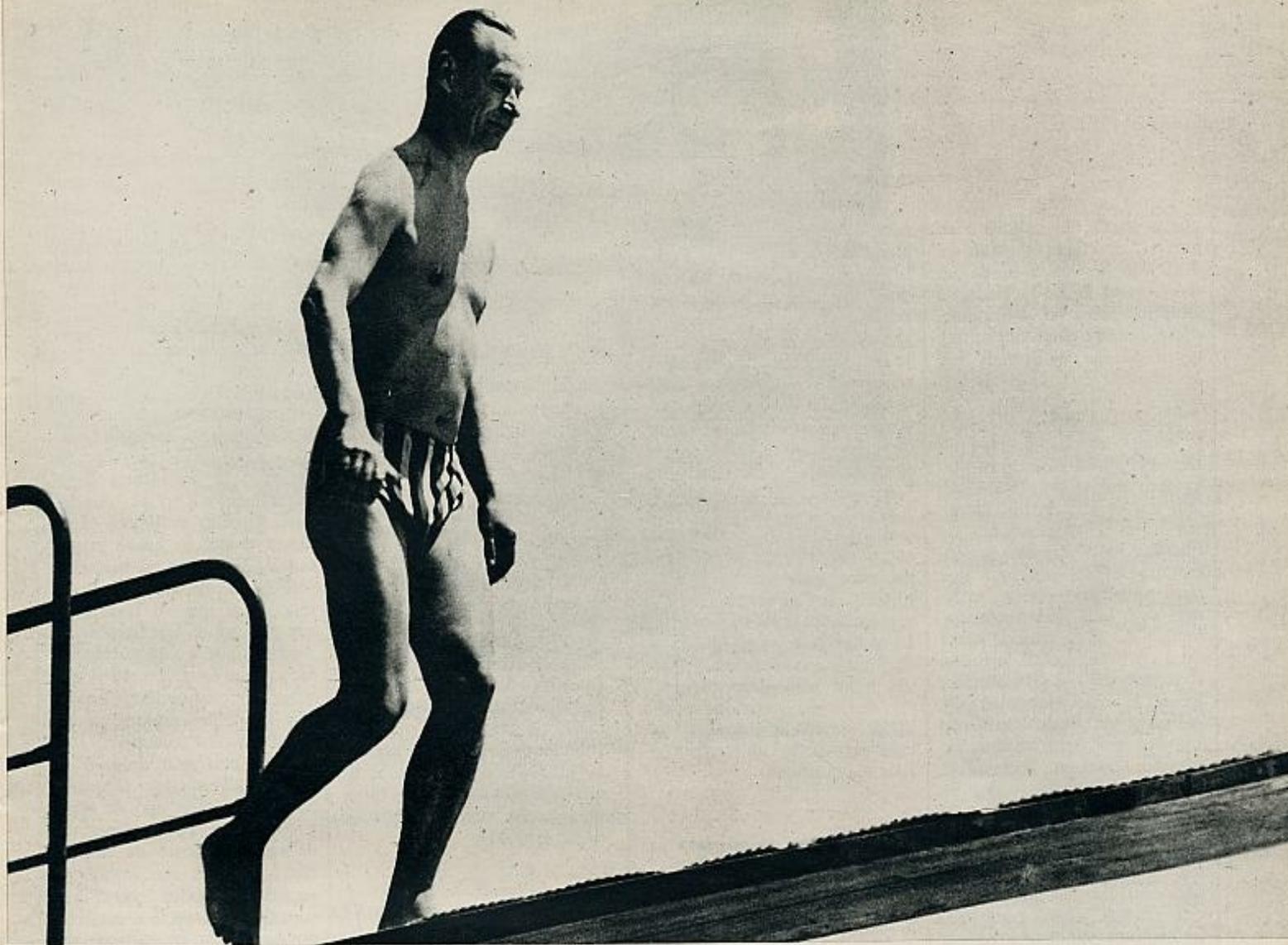
Los conservadores responden con una extremada violencia. En Praga hablan de recurrir a ciertos elementos del ejército y de la milicia para proclamar la ley marcial, detener a sus principales adversarios, ocupar la sede de la radio-televisión e imponer nuevos cambios a su favor en la dirección del partido. En Moscú, Breznev grita y deja entender, el 2 de julio, en un discurso muy aparatoso, que está dispuesto a acudir en socorro de esos «buenos comunistas», incluso con medios militares.

La conjura de los novotnyistas impenitentes es rápidamente deshecha, pero todos comprenden, en la capital checa,



**BATALLAS
POR
PRAGA**





Alexandre Dubcek, secretario del partido comunista checo, en una piscina pública de Praga. En un reciente sondeo ha sido designado el hombre más popular del año en el país.



BATALLAS POR PRAGA

que a partir del momento en que el secretario general del P. C. de la U. R. S. S. da un nuevo paso en la escalada, la situación toma un giro inquietante. Dubcek emprende entonces un diálogo con Breznev, que se convierte en diálogo de sordos.

Palabras como «periodista» y «contrarrevolucionario» no tienen el mismo sentido en Praga que en Moscú. Marcados aún por el jdanovismo, alérgicos a las reivindicaciones de libertad, los dirigentes soviéticos no logran imaginar que unos periodistas puedan sostener, con total independencia, puntos de vista críticos sobre tal o cual realidad de la Unión Soviética, sin por ello comprometer la responsabilidad del gobierno de Praga. Tampoco admiten que unos ciudadanos que no ponen en cuestión la colectivización de los medios de producción y de cambio, pero que buscan un cierto pluralismo en la gestión de la economía y el ejercicio del poder sean considerados, por la dirección del P. C. checo, como «interlocutores válidos» y no como «enemigos del socialismo» más o menos manipulados, cuando no teleguiados, por el imperialismo occidental.

En la imposibilidad de comprenderse, cada parte intenta impresionar a la contraria. Praga y Moscú se envían y devuelven una serie de notas y de mensajes, en un ping-pong diplomático que se juega con una pelota cada vez más explosiva. La partida podría también compararse a un póker en el que hay bluff, pero en el que las apuestas no cesan de aumentar. Dubcek juega. Se dirige a los dirigentes de los partidos comunistas rumano y yugoslavo para demostrar a la U. R. S. S. que Checoslovaquia posee también amigos en el seno del campo socialista. Tito y Ceausescu condenan, uno tras otro, «a los que querrían intervenir por la fuerza en los asuntos internos de un país hermano». Breznev juega. Propone que los líderes de los partidos comunistas checo, soviético, polaco, búlgaro y alemán oriental, se reúnan en Praga para condenar conjuntamente la iniciativa llamada «de las dos mil palabras».

Dubcek vuelve a jugar. Se niega a comparecer —uno contra cinco— ante un areópago

hostil. Reclama, al mismo tiempo, a través del general Prchlik —verdadero jefe de los militares liberales, el hombre que por dos veces, el 4 de enero y el 1 de julio pasados, echó abajo un complot novotnysta en el seno del Ejército checo— la reorganización del Pacto de Varsovia, a fin de que la soberanía de los países miembros sea mejor respetada.

Breznev, a su vez, vuelve a jugar. Dice a los dirigentes checos que hasta ahora les había concedido el beneficio de la duda, pero que, puesto que se niegan a explicarse ante sus pares, serán juzgados en rebeldía. La conferencia que, del 13 al 15 de julio, ha reunido, en Varsovia, a los principales dignatarios de los cinco partidos comunistas comprometidos en la controversia, es un verdadero tribunal supremo.

cuarenta y ocho horas para cuarenta y ocho líneas

En este pretorio, el fiscal es Ulbricht, jefe de una Alemania del Este cuyo poderío industrial impresiona cada vez más a los soviéticos, aunque su neonacionalismo empiece a inquietarles. El dirigente alemán se ensaña tanto contra la «deplorable influencia» de las «ideas subversivas» de los checos como contra su «flirt con Bonn». El fiscal adjunto es Gomułka; sensible a la creciente presión, en el seno de su partido, del grupo chauvinista de los «partisanos», no piensa más que en el interés de su país y juzga que trabajará mejor en favor del nacionalismo polaco si se concilia los favores de Moscú condenando el nacionalismo checo. Tímido abogado defensor, el húngaro Kadar expone los trastornos catastróficos que un veredicto demasiado severo para Praga provocaría inevitablemente en Hungría, y el búlgaro Jikov expresa su deseo de mantener en la medida de lo posible las buenas relaciones que sostiene con los rumanos, amigos de los checos.

La delegación soviética, que conduce el debate, está a su vez dividida en tendencias contrarias. Como representante del partido, Breznev querría ir tan

lejos como fuera posible en el enfrentamiento con Praga, en vistas a dominar mejor a sus propios intelectuales no conformistas. Por su parte, Kosyguin, representante del Estado, parece más sensible a las repercusiones —desastrosas para el prestigio de la U. R. S. S.— que tendría en el mundo una intervención demasiado brutal en los asuntos checoslovacos.

Todos estos matices explican la larga duración de la laboriosa conferencia de Varsovia —cuarenta y ocho horas para llegar a un comunicado de cuarenta y ocho líneas bastante hueco— y la redacción ambigua de la sentencia. Esta toma la forma de una carta colectiva enviada por los partidos comunistas soviético, alemán oriental, polaco, húngaro y búlgaro al partido comunista checoslovaco. Se trata de una nueva advertencia, extremadamente violenta, pero no de un «diktat».

¿morir por praga?

La U. R. S. S. y sus cuatro aliados consideran que Checoslovaquia, colocada en un régimen de vigilancia, debe ser vigilada más estrechamente aún. Oficialmente se pide a Dubcek que haga un nuevo esfuerzo para hacer marcar el paso y poner un bozal a los «enemigos del socialismo». Oficiosamente se le indican ya algunas «ovejas negras» que, según el deseo de Moscú, deberían ser apartadas del comité central del P. C. checo y de la dirección del Frente Nacional en el congreso de septiembre.

Desde la recepción de la carta de Varsovia el presidium del comité central, compuesto de catorce miembros, titulares o suplentes, se reúne en Praga en una atmósfera dramática, pero no desesperada.

Están Dubsek, el primer ministro Czernik y el jefe del Estado, general Svoboda, cuyo nombre quiere decir en checo «libertad» y que, multiplicándose, va a predicar la lucha por esta libertad hasta en los más diminutos villorrios del país. También están, entre los dirigentes así reunidos, Skromski, escapado de las prisiones stalinianas, convertido en presidente de la Asamblea Nacional;

Husak, el «coming man» que, en el último comité central, dio la última estocada a Novotny; Ota Sik, el padre de la «reforma económica»; Spazek, el dinámico reorganizador del partido. Están también Cisar, secretario del P. C., el intelectual «revisiónista» al que los estudiantes checos hubieran querido ver «en el castillo», es decir en la presidencia de la República, pero al que los «apparatchik» soviéticos consideran como su bestia negra. Ocho personajes en busca de una salida, de una solución a una crisis que se hace cada vez más grave. A la hora de las conclusiones hacen saber a Moscú que no aceptarán el reunirse en conferencia plenaria con los representantes de los cinco partidos comunistas acusadores más que después de haber conferenciado separadamente con cada uno de ellos, y que se conceden un periodo de reflexión antes de responder a la carta que acaban de recibir. El comité central será consultado respecto a esta respuesta.

Empieza una vela de armas. De una y otra parte se examina la relación de fuerzas, se cuentan los tantos. Breznev no ignora que dispone de un arma económica temible: las autoridades de Praga han pedido a los soviéticos un crédito en moneda convertible equivalente a cuatrocientos millones en dólares, del que tienen urgente necesidad para modernizar su sistema industrial, y Moscú puede hacerles esperar durante largo tiempo una respuesta favorable. Consciente de su fuerza, solicita un encuentro rápido del presidium del P. C. soviético y el del P. C. checo.

el «pequeño eslovaco»

Dubcek, por su parte, sabe bien que los dueños del Kremlin no pueden permanecer completamente sordos a las gestiones de los amigos de los checos, o, en todo caso, de los mediadores —Tito, Ceausescu, Waldeck Rochet, el italiano Pajetta, los dirigentes de los partidos comunistas austríaco, británico, escandinavos— que, en el seno del campo socialista,

Josef Smrkovsky y Dubcek, dos de los responsables de «la nueva frontera» checa, conversan con el mariscal soviético Ivan I. Jacoubowski, comandante de los ejércitos del Pacto de Varsovia, al mando de las tropas que han ocupado militarmente Checoslovaquia en una dilatada guerra de nervios.



les piden que se muestren «moderados» y les proponen que el «affaire» checo sea examinado por todos los partidos comunistas europeos. Sin embargo, en la capital checa no se exagera el alcance de esta solidaridad. ¿Quién querría, en la actualidad, «morir por Praga»? Nadie, a no ser los propios checos, pero la clave de su salvación reside sin duda en esta determinación.

La crisis, en todo caso, ha dado ya como resultado la cristalización en este país amenazado, e incluso en una Eslovaquia menos comprometida que

Bohemia en el «proceso de renovación», un poderoso sentimiento nacional. Las decenas de miles de telegramas de apoyo, de mociones, de peticiones enviadas a la dirección del partido demuestran la unanimidad del sobresalto patriótico que lleva a la nación a formar un bloque compacto con sus dirigentes en el combate por la soberanía y la dignidad. Todos parecen dispuestos a luchar. Un reciente sondeo de opinión indica que el 89 por ciento de los checos se sitúan decididamente tras el nuevo equipo en el poder, mientras el 7 por

ciento está en contra y el restante 4 por ciento no se pronuncia. Siempre según el mismo sondeo, los hombres de Estado más apreciados —Svoboda, Ota Sik, Cisar, Smrkovsky y Czernik— son precisamente los hombres de la «nueva línea». Dubcek, por su parte, ha sido designado como la personalidad más popular mientras que, el año pasado, no era más que el «pequeño eslovaco», uno de los miembros más modestos del presidium. El «pequeño eslovaco» ha crecido; convertido en símbolo nacional es ahora objeto de plebiscito.

La carrera por la democracia es en la actualidad, en Praga, un penoso marathon, y la puerta por donde pasa la libertad se antoja estrecha. Afianzado en el apoyo masivo de su pueblo, Dubcek tendrá que superar la prueba. A menos de un golpe de efecto imprevisible, parece en condiciones de limitar en lo inmediato los efectos de la política de chantaje de la U. R. S. S., a la espera de arrancar, más tarde, una independencia real, análoga a la que ya han conquistado Yugoslavia y después Rumania. ■ JEAN GEOFFROY.